

El futuro que se fue, el pasado que vendrá. En torno a la historia y al quehacer del historiador

Antonio Padilla Arroyo

Yo pienso menos en el peligro creciente de una catástrofe que en la ausencia de fe, mejor aún, a la ausencia de idea, que abandona al pensamiento moderno a la impotencia.

GEORGES BATAILLE, *La parte maldita*.

Introducción

El presente ensayo tiene el propósito de presentar un conjunto de cavilaciones acerca de la labor del historiador y del oficio de historiar en relación con los problemas que formulan las sociedades contemporáneas. En tiempos marcados por cambios definitorios para nuestros estilos de vida y nuestras representaciones colectivas, es decir, para nuestra civilización, es una labor primordial ensayar algunas reflexiones en torno a la tarea actual del historiador, poniendo énfasis en la necesidad, hoy más urgente, de restablecer los nexos entre el pasado y el presente con el fin de iluminar los procesos culturales y sociales que rodean y moldean a las sociedades actuales. En suma, intenta repensar el lugar del historiador en una época de crisis, de sus posibles contribuciones a una comprensión más cabal del mundo y su mundo; asimismo de discurrir cómo y en qué afecta su percepción del pasado, los instrumentos y procedimientos con los cuales emprende su oficio, los temas, los problemas, las hipótesis que genera y los artefactos conceptuales y metodológicos de que se vale para construir un discurso y recrear la historia.¹

El futuro que se fue

Aquí se ofrece una visión panorámica de la historia del siglo XX que sirve como marco de referencia para la reflexión contemporánea acerca de los desafíos éticos, políticos y culturales que debe enfrentar el historiador, así como del papel que en este marco ha desempeñado la historia como disciplina. Acaso sea urgente y deseable debatir en torno a las formas de organización social que ha presentado la civiliza-

Antonio Padilla Arrollo. Doctor en Historia por El Colegio de México. Profesor/investigador de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Morelos y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Ha publicado diversos artículos, entre ellos, "De criminales a ciudadanos: la educación penitenciaria mexicana en el siglo XIX"; "Olvidados y marginados en la oscuridad de la historia", en *Convergencia*, y "Esbozos de la vida educativa en el siglo XIX en el estado de México", en *Pedagogía*. Revista especializada en Educación.

ción actual y reflexionar sobre temas fundamentales del mundo contemporáneo a la luz del pensamiento social y cultural, así como revisar las aportaciones a la comprensión del pasado y del futuro de diversos autores que pueden considerarse como "marginales".

El marco histórico de nuestras tribulaciones es el siglo XX, el cual situamos a partir de los movimientos sociales que anunciaron el fin de la era moderna y trastocaron la lógica cultural y social que había predominado por lo menos durante el último tercio del siglo XIX; este periodo se ha caracterizado por los procesos de consolidación de los estados nacionales, el reparto del mundo entre las principales potencias europeas y la creación de un pensamiento conservador que se expresó, sobre todo, a través del positivismo y las teorías genéricamente denominadas estructural-funcionalistas, la transición hacia el mundo contemporáneo, con la presencia de nuevos países que durante gran parte del siglo XX han ensayado diversas formas de dominación hegemónica, desplazando los centros de control mundial hacia otras regiones del planeta, tanto en lo cultural como en lo social. En la segunda mitad del siglo destaca Estados Unidos de Norteamérica que, junto con la extinta Unión Soviética, disputaron por un tiempo relativamente corto la imposición de estilos de vida y de pensamiento, así como Japón y Alemania, potencias que han proclamado el fin de las ideologías y la recomposición del mundo bajo la propuesta neoliberal.

Sin duda alguna, estos países lograron un prestigio económico cultural, social y político en el plano internacional que se ha intentado imponer en el mundo contemporáneo. Hoy esta verdad resulta por demás evidente, aunque puede perfilarse una crisis de grandes proporciones para el fin del siglo y del milenio: la reivindicación del libre mercado y la democracia acompañan desde una dirección unívoca la pretensión de uniformidad cultural cuando más hemos escuchado la gestación de una diversidad cultural y social. Debe advertirse, sin embargo, que una política

realmente democrática debe construirse más allá de la arrogancia tecnocrática la cual pretende ofrecer el bienestar a los hombres, sin ellos o a pesar de ellos.

De manera paradójica el siglo XX, sobre todo en las últimas dos décadas, es testigo de múltiples, heterogéneas, diversas formas de lucha y resistencia en todos las dimensiones de la actividad humana, así como de confrontaciones internacionales, nacionales, regionales y locales. Es cierto que estas realidades se construyeron, en gran medida, bajo dos hechos que afectaron una porción considerable del planeta, pero también se revelaron a la luz de otros procesos no menos significativos. Las dos guerras mundiales marcaron nuevas formas de convivencia y de dominación política propias del capitalismo. No hay duda que éstas también se expresaron en el pensamiento cultural y social de los siguientes 40 años. En este sentido, es necesario detenerse a comprender y analizar las peculiaridades, los matices y los movimientos contraculturales que en este cuadro se presentaron. Al mismo tiempo, las revoluciones de la alborada, es decir, la mexicana y la rusa formaron y se integraron al proceso de reacomodo social y cultural. Por eso, sin la comprensión y la inclusión de éstas no podría quedar completo el marco civilizatorio del siglo XX. La influencia que tuvieron ambas en los posteriores movimientos revolucionarios y contestatarios de América Latina, recuérdese los movimientos nacionales populistas y la revolución cubana, Africa, en forma destacada Argelia y Asia, sobre todo en la revolución china y la guerra de liberación de Vietnam, así como Angola, son evidentes.

La explicación de tales expresiones sociales y culturales no puede reducirse a la confrontación entre el mundo occidental y civilizado contra el mundo ateo y bárbaro de Oriente, a la lucha entre dos bloques internacionales conformados con posterioridad a la segunda guerra mundial y la imposición de la guerra fría, de la libertad contra el totalitarismo. El fascismo y el nazismo también son parte sustancial de las confrontaciones culturales y sociales del siglo XX, están presentes y, al parecer, muy vigentes en nuestra época.

De ahí nuestra obligación de repensar y revalorar formas de pensamiento inéditas y frescas que nos lleven más allá de la desesperanza, la apatía y la pereza intelectual que permea los círculos académicos y políticos. Ello formula una serie de temas fundamentales para las ciencias sociales; en particular para la historia: poder, estado, masa, burocracia, élite, individuo, sociedad, colectividad, racionalidad, rebelión, revolución, modernidad, posmodernidad. Es decir, estamos ante el desafío de cuestionar tanto los modelos de sociedad como de civilización que involucran a la humanidad, a los pueblos más pequeños y alejados, con realidades coloniales o semicoloniales. Emilio Cioran ha sugerido que el movimiento histórico se realiza mediante

la sustitución de civilizaciones, es decir, que éstas encarnan nuevos contenidos y nuevas formas de pensamiento, de organización social y material. Tal vez el dilema actual sea configurar una nueva civilización.²

El pasado que vendrá

El estudio de actores, grupos y sectores sociales que hasta hace poco eran "invisibles" para el historiador han venido ganando un espacio muy importante. Frente a las grandes categorías de análisis, las cuales centraban su atención en los sistemas y las clases sociales o bien entre estado y sociedad, con sus amplias y generales explicaciones sobre las redes, los mecanismos y las mediaciones entre gobernantes y gobernados, así como el interés por las formas de legitimación y gobernabilidad de los estados, la

presencia diversa y compleja de actores y grupos sociales ha obligado a una reconsideración del quehacer del historiador, a mirar y focalizar temas primordiales de la historia a fin de incorporarlos a nuestras agendas de investigación y, por ende, a una nueva definición conceptual y metodológica.³

Es posible mencionar a algunos de esos "nuevos actores y grupos sociales": mujeres, niños, jóvenes, ancianos, maestros, ciudadanos, movimientos sociales, identidades culturales y sociales e instituciones educativas. La gestación de nuevos y viejos problemas con preguntas e hipótesis también inéditas ha conducido al historiador y a la historiografía a adentrarse en caminos y bosques poco transitados: la violencia social, la criminalidad, las cambiantes y permanentes relaciones entre estado y sociedad civil, los conflictos políticos, la variedad de la pobreza, la exclusión y la marginación, los estilos culturales divergentes que van, sin pretender enumerarlos en forma exhaustiva ni simplista, desde nuevas prácticas culturales, como los movimientos e identidades religiosas de las más distintas denominaciones, hasta la defensa de los derechos humanos y la ecología, los movimientos étnicos e indígenas, las configuraciones y las apropiaciones de los espacios urbanos y rurales pasando, necesariamente, por el estudio de las ciencias y las técnicas.⁴

Podemos indicar que existe un relativo consenso en que detrás de estos temas y preocupaciones es necesario crear nuevos enfoques que, con ayuda de las otras disciplinas tanto humanas como naturales y sirviéndonos de sus avan-



ces teóricos y metodológicos, abonen el trabajo historiográfico en la medida en que éste no puede ignorar las transformaciones que ocurren en nuestra vida social, las cuales involucran el campo de la cultura, la política, la economía y la sociedad. Esto significa, de acuerdo con Josep Fontana, "la desconfianza ante cualquier planteamiento teórico, que puede muy bien traducirse en formas de positivismo enmascaradas de posmodernidad, en un eclecticismo superficial o en una sensación de que lo que necesitamos es cambiar con frecuencia el bagaje metodológico, renovándolo de acuerdo con las modas de cada temporada".⁵

De igual manera, el historiador no puede pasar por alto el hecho de que su labor está profundamente comprometida con una lucha ideológica y política por lo que tiene la obligación y la responsabilidad ineludibles de desentrañar los orígenes y los sentidos de esos cambios.⁶ No sólo es una exigencia plantear y registrar el hecho mismo de los nuevos perfiles de las sociedades contemporáneas, sino la necesidad de comprenderlos y asumir las consecuencias que tienen en nuestras vidas. No es extraño que uno de los rasgos sobresalientes de la sociedad mundial, en general, y de la sociedad mexicana, en particular, sea un profundo conflicto, pese a que en distintos círculos académicos se sostenga pertinazmente en el fin de las ideologías y de las confrontaciones políticas y, por tanto, de la inutilidad de sostener lo contrario o, que en todo caso, se trata de una lucha por alcanzar la democracia formal y occidental, así como atribuir el desorden social a las modificaciones que acompañan a la sustitución del estado de bienestar por el estado neoliberal, el cual concluiría una vez que la economía de mercado alcance los futuros equilibrios en la distribución de la riqueza.

Sin embargo, el futuro es cada vez más lejano y el desorden social tiene forma de un presente cargado de desesperanza revelándose a cada momento, lo cual es fácil constatar en los ámbitos de la vida cotidiana donde hombres, mujeres y niños ven cómo se diluyen y pierden identidades individuales y colectivas, así como el desajuste y la anomia de sus sociabilidades primordiales tales como familia, región, territorio y cuyo efectos más evidentes son la generalización de la pobreza y la inseguridad. Asimismo se expresa en los contornos de la vida pública, en la irresoluble crisis de credibilidad y legitimidad de las instituciones con las consecuencias naturales en los fenómenos de ingobernabilidad, el debilitamiento de las mediaciones en la representación política que articula las relaciones entre gobernantes y gobernados, en el fracaso de las aportaciones más genuinas del pensamiento liberal de "la voluntad general", así como en los reacomodos de los roles familiares y las estrategias de subsistencia que eviten en lo posible la plena desintegración del mundo individual, familiar y social.⁷

En el examen de esta amplia problemática, el historiador dispone de una producción historiográfica consistente y de una amplia e importante bibliografía proveniente de otras disciplinas que han sugerido un conjunto de ideas, hipótesis y métodos en relación con estos temas. Sin embargo, tenemos que ir con precauciones al momento de convertirlos en herramientas para el historiador pues, según advierte Carlos Barros, unas y otras se caracterizan por un crecimiento desigual y sin demasiada reflexión lo que limita gravemente y aun puede dar al traste con los posibles resultados.⁸

El historiador busca el pasado para comprender el presente y rehacer el futuro

Una de las cuestiones primordiales que el historiador y su oficio pretenden dilucidar, de nueva cuenta, es el conjunto de preguntas y problemas que los hombres formulan al presente. El historiador o el aprendiz de su profesión no es ajeno a su tiempo y a su época. No es por ello casual, de hecho no lo ha sido por lo menos durante este siglo y más aún a costa de crisis de conciencia recurrentes, que quienes buscan respuestas a las tribulaciones contemporáneas, aun cuando no aren en las tierras de la historia, vean en el pasado o, para ser más precisos, en la historia, algunos atisbos que les permitan iluminar y guiar sus pasos. La idea de la historia que adopten y las formas de acercarse a ella, de los nexos que establezcan entre el pasado y el presente, darán una idea más o menos exacta de las inquietudes que los orientan. Las congojas y aflicciones, las hazañas y las grandes aventuras humanas, motivo esencial de su ejercicio, los dilemas sociales, éticos, políticos, etcétera, en una palabra su historia cultural son, en gran medida, los retos y los combates que comparten con sus congéneres.

La interpretación, la explicación y el análisis del pasado que traducen en discursos e imágenes, la creación histórica, no se reducen a una actividad o ejercicio

de erudición sino que plasman nuevos espacios para comprender y transformar su propio ser y la sociedad en que se desenvuelve. Los temas, las ideas, las preguntas y las respuestas disponen nuevas maneras de entender y enriquecer las posibilidades del presente y sugieren frescas preguntas y temas que conforman el quehacer historiográfico y escuelas de pensamiento. Si esta es su función, entonces el historiador no debiera buscar, en un clima finisecular en el que priva el desencanto por el presente, un refugio en el pasado. Es el examen de éste el que le abre la posibilidad de descifrar el presente. El asunto estriba en que al hacerlo se mueve hacia campos que si bien resultan familiares para él, como la novela histórica o el ejercicio erudito, lo apartan del compromiso esencial con su tiempo y su espacio, rehuye la preocupación por el presente y el porvenir de los hombres, olvidándose de que la historia es útil porque en su representación abre la multiplicidad de futuros sobre los que no hay nada seguro, sólo que son posibles. El historiador no pretende perpetuar la inmortalidad del pasado, pero sí agotar el campo de lo posible y lo deseable.⁹

Es preciso insistir en que el historiador realiza valoraciones porque en su búsqueda del pasado hay también un deseo de identificación personal y, por tanto, de una proyección de nuestra personalidad. En el proceso de elaboración del conocimiento histórico que va desde los procedimientos más rigurosos y selectos con el empleo de las computadoras, para proponer hipótesis y explicaciones, hasta los métodos artesanales, que no demeritan el esfuerzo intelectual, los juicios de valor son inevitables: la elección del tema, las fuentes y los métodos pasan por el lente de las valoraciones que acompañan al historiador. La historia es pasado que no habla por sí mismo, hay que hacerlo hablar e iluminarlo. La labor historiográfica es un proceso continuo de valoraciones, que establece multiplicidad de factores y en él pueden destacarse las figuras individuales, las masas anónimas o ambas, pero ello depende del historiador y no de la masa amorfa de datos que forman el pasado.¹⁰

Uno de los grandes historiadores franceses de nuestro siglo había advertido que la historia se interesaba por los hombres, por sus diversas actividades y creaciones, por sus múltiples funciones, preocupaciones y actitudes variadas que se mezclan, confunden y acaban por concluir "entre ellas una paz de compromiso, un *modus vivendi* al que denominamos Vida". Por eso, porque el trabajo del historiador es comprender y explicar esas múltiples facetas de los hombres, Febvre demandaba, a mediados de este siglo, "volved la espalda resueltamente al pasado, vivid primero. Mezclaos con la vida. Con la vida intelectual indudablemente", pero no únicamente con ella, negándose a cerrar los ojos a la vida práctica y contentarse con contemplar y ver los sucesos desde la orilla. En suma, el historiador no puede continuar separando la acción del pensamiento, "la vida como historiador de la vida como hombre". Claro que la época impone limitaciones a su esfuerzo por comprender y explicar el presente y, sobre todo, proyectar el futuro, así como el presente y el futuro de los hombres.¹¹



Esa es su grandeza y su drama; pero el historiador no puede, a riesgo de traicionarse a sí mismo, renunciar a adentrarse en tierras vírgenes e indómitas. De este modo, el oficio de historiar enfrenta una serie de deberes consigo y con la sociedad. Parafraseando a Albert Camus, el historiador y su oficio tiene ante sí ser testigo de su tiempo, es decir, de la libertad y del pan como valores primordiales y, tanto como el artista, estar de lado de "todos esos hombres silenciosos que no soportan la vida que se les ofrece en el mundo más que por el recuerdo o el refugio en el remanso de breves y libres felicidades".¹²

Si el historiador ha de buscar la verdad más humilde y más universal porque anhela la libertad, entonces habrá de conquistar una y otra sin cesar, caminando de manera penosa ciertamente, seguro de sus flaquezas en una travesía larga y accidentada que es la historia. Así, ésta no puede ser gozo y creación solitaria. Es un medio para conmover al mayor número de hombres y mujeres al ofrecerles una imagen privilegiada de los sufrimientos y las alegrías comunes. Por eso el historiador se forja en ese movimiento perpetuo de ir y venir desde él a los otros, a mitad del camino entre su creación y la comunidad en la que vive, de la cual no puede arrancarse, no despreciando nada, obligándose a comprender las virtudes y los vicios en vez de juzgarlos. Su profesión lo obliga a no ponerse al lado de quienes rehacen la historia sino de quienes la sufren, es decir, la nobleza de nuestra vocación se arraiga en dos compromisos difíciles de mantener y conservar: la negativa de mentir sobre lo que uno sabe y la resistencia a justificar la servidumbre.¹³

El historiador ama su labor porque le ha permitido forjarse una obra en tiempos de catástrofe y, al mismo tiempo, porque lucha contra el instinto de muerte que actúa en las sociedades contemporáneas. En esta medida puede contribuir a esclarecer cómo, dónde, cuándo, porqué y en qué condiciones se presentaron encrucijadas similares a las que hoy nos enfrentamos, a establecer las líneas de continuidad y ruptura que las explican y, con ello, iluminar el futuro de la humanidad. El optimismo que mantenía el hombre del siglo XX con respecto al progreso se ha vuelto en una pesadilla para el hombre del siglo XXI. El futuro se fue y hoy testificamos, tal vez, el ocaso de una idea del hombre y la naturaleza que nos acerca a los temores y al desasosiego del hombre de los siglos XV y XVI en la que no tenía a la mano sino la salvación

de su alma y ninguna certeza en el porvenir. El pasado se aproxima en forma de infierno. La historia que dibuje el historiador puede ayudarnos a iluminar el pasado que vendrá. Vivamos nuestra época, a través de él, el pasado, por lo que de interesante tiene y porque no podemos desinteresarnos de ella.¹⁴

En suma, el historiador contribuirá, a propósito de Hegel, a lo que éste había subrayado acerca de la cultura y la historia:

El hombre tiene que vivir en dos mundos que se contradicen en tal medida que también la conciencia se desgarran en esta contradicción: arrojada de un lado hacia otro, es incapaz de lograr satisfacción aquí o allá. En efecto, por un lado, vemos al hombre apresado por la actualidad ordinaria y en lo temporal terrestre, aplastado por la necesidad y la miseria, amenazado por la naturaleza, enredado en la materia y en los objetos sensibles o en los goces, dominado por sus instintos naturales y sus pasiones. Por otra parte, se eleva hacia las ideas eternas, hacia un reino de pensamiento y libertad; se da como voluntad, leyes y determinaciones universales; despoja al mundo de su actualidad viva y floreciente y la resuelve en abstracciones. El espíritu sostiene su dignidad y su derecho frente a la anarquía y la brutalidad de la naturaleza a la que adjudica la miseria y la violencia que le hace padecer. Pero esta división de la vida y de la conciencia crea la cultura moderna y su comprensión la exigencia de resolver dicha contradicción.¹⁵

Es esta encrucijada la que de nueva cuenta se abre para la historia y para el historiador, enfrentar la realidad sufrida y vivida por todos. El historiador no puede darse el lujo engañoso de rehacer la historia por la historia misma, convencido de que sus temas y su estilo escapan a la comprensión de los mortales. Su obra esta hecha de carne, cultura, trabajo e inteligencia. Su oficio traduce los sufrimientos y la felicidad de los hombres, y tiene por recompensa la comunicación total con ellos. ○

Notas

- 1 En la práctica los nuevos desafíos de la epistemología y la filosofía de la ciencia están en la búsqueda de un camino que resuelva su contradicción interna, volver a pensar las bases teóricas y epistemológicas sobre las que se han desarrollado las ciencias naturales y las ciencias humanas, las cuales han llegado a un límite al haber separado los valores éticos y morales de las consecuencias que implicaba su uso tanto para la humanidad como para la naturaleza. Es cierto que ésta era la única manera de permitir su "libre desarrollo" y su notable expansión, pero al desprenderse o,

- mejor dicho, al no reparar sobre sus efectos no logró una de sus misiones más deseables, poner a disposición de la humanidad la comodidad y los servicios múltiples y, en cambio, ha provocado el empleo suntuario de una pequeña minoría y la miseria prácticamente generalizada en el planeta. El límite de estas formas de conocimiento y pensamiento moderno lo señala con claridad Georges Bataille: "La multitud se ha abandonado al amodorramiento de la producción, viviendo la existencia mecánica de la cosa —medio risible, medio indignante— de la *cosa*. Pero el pensamiento consciente alcanza en el mismo movimiento el último grado del estado de vela. Por una parte, prosigue, en la prolongación de la actividad técnica, la investigación que lleva a un conocimiento cada vez más claro y cada vez más distinto de las *cosas*. En sí misma, la conciencia limita la conciencia a los objetos, no conduce a la *conciencia de sí mismo* (ella no puede conocer el sujeto sino tomándolo como un objeto, como una *cosa*), pero contribuye al despertar acostumbrando a la precisión y *decepcionando*: pues admite ella misma sus límites, confiesa la incapacidad en que se encuentra de llegar a la conciencia de sí misma". Georges Bataille, *La parte maldita. Precedida de la noción de consumo*, Edhasa, Barcelona, 1974, pp. 179-180.
- 2 Estoy consciente de que semejante tarea de ninguna manera es simple y no tiene respuestas únicas. Este ensayo apenas representa algunas ideas en torno a la necesidad de reflexionar sobre el tema que nace de la propuesta de Edgar Morín en torno a la construcción de un pensamiento complejo. El autor señala que: "[...] si los modos simplificadoros del conocimiento mutilan, más de lo que expresan, aquellas realidades o fenómenos de los que intentan dar cuenta, si se hace evidente que producen más ceguera que elucidación, surge entonces un problema: ¿cómo encarar a la complejidad de un modo no simplificador? De todos modos este problema no puede imponerse de inmediato. Debe probar su legitimidad, porque la palabra complejidad no tiene tras de sí una herencia noble, ya sea filosófica, científica, o epistemológica". Edgar Morín, *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, España, 1997, p. 21.
 - 3 De acuerdo con André Gorz, el proceso de reconstrucción o construcción de una sociedad no puede decretarse ni tampoco puede dejar de incorporar a ella los avances alcanzados en tecnología, ciencia, pensamiento y cultura. Ello exige un profundo análisis de lo logrado hasta ahora, poniéndolo a disposición de una civilización solidaria, digna y justa. De ahí que sea imprescindible una concepción global. Gorz puntualiza que "la crisis de los sistemas industriales, no anuncia ningún mundo nuevo. Ninguna salvación está inscrita en ella. El presente no recibe ningún sentido del futuro. Este silencio de la Historia convierte a los individuos en ellos mismos. Reintegrados a su subjetividad, es a ellos a quien corresponde tomar la palabra, en su solo nombre. Ninguna sociedad futura habla por su boca, ya que la sociedad que se descompone ante nuestros ojos no supone la gestación de ninguna otra". André Gorz, *Adiós al proletariado. (Más allá del socialismo)*, El Viejo Topo, España, 1982, p. 82.
 - 4 No puedo dejar de apuntar la sugerente idea de Bordieu, las reflexiones que se derivan de ella, acerca de la existencia de una *ley de la conservación de la violencia*, que se expresa en crímenes, robos, violaciones, atentados, pero que tiene su fundamento en una violencia que permanece invisible en su formulación, pero se aplica de forma sistemática y a la luz del día en espacios sociales vitales para los hombres, quienes a su vez la padecen y la viven desordenadamente, es decir, en las familias, las fábricas, los talleres, los ministerios públicos, las prisiones, los hospitales y las cárceles. Véase, por ejemplo, las periódicos y allí se encontrará casos innumerables de esta ley. Pierre Bordieu, *Capital cultural, escuela y espacio social*, Siglo XXI, México, 1997, p. 99.
 - 5 Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Crítica, Barcelona, 1992, p. 13.
 - 6 Es pertinente precisar qué entiendo por "lucha ideológica y política" y la responsabilidad del historiador frente a ella que tiene que ver con un problema de valores sobre la "naturaleza humana". De este modo, el oficio del historiador tiene que venir precedido de una profunda reflexión en torno a la búsqueda de un "sentido histórico", en la medida en que éste sirve para recobrar "la conciencia de que la colectividad a la que pertenecemos tiene un pasado y un futuro, y de que su presente es un eslabón que sirve de vínculo entre esas dos dimensiones: es la conciencia de que el presente en que vivimos so-

porta la carga de la herencia del pasado colectivo y de que lleva en su seno el germen del futuro (en realidad se trata de futuros posibles y deseables, agregado mfo, APA). Nuestro sentido histórico es la conciencia de que somos parte de esta evolución del pasado colectivo hacia un futuro colectivo y de que ella determina, en gran medida, el curso de nuestras vidas individuales". Alfred Stern, *La filosofía de la historia y el problema de los valores*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Argentina, 1970, p. 14.

- 7 Tiene razón el sociólogo francés Pierre Bordieu cuando apunta con claridad el significado que se le ha atribuido, desde los países dominantes, a la democracia formal y la economía de mercado como procesos que contienen a todos las sociedades, alertándonos de sus consecuencias: "No insistiré sobre las consecuencias del error tecnocrático que se comete sobre todo en nombre de la economía: tenemos, en estos días, los mejores ejemplos frente a nuestros ojos, y valdría la pena detallar los costos no sólo sociales, sobre todo en sufrimiento y en violencia, sino también económicos, de todas las restricciones que se nos imponen en nombre de una definición restringida, mutilada, de la economía". Pierre Bordieu, *Op cit.*, p. 99.
- 8 Carlos Barros, "La historia que viene", en *Secuencia*. Revista de historia y ciencias sociales, Nueva época, enero-abril de 1995, No. 31, México, Instituto Mora, pp. 156-157. De igual modo, Fontana se hace eco de las recomendaciones que formula David Hume al emprender el trabajo historiográfico. Para éste, "La mayor parte de la humanidad se puede dividir en dos clases: la de los pensadores *superficiales*, que se quedan cortos, sin llegar a la verdad; y la de los *abstrusos*, que van más allá de ella. La última es, con mucho, la más rara: y añadiré que también la más útil y valiosa. Sugieren indicios, por lo menos, e inician problemas para cuya prosecución tal vez les falta la pericia necesaria; pero que pueden producir grandes descubrimientos, cuando son manejados por hombres que tienen una forma más correcta de pensar. En el peor de los casos, lo que dicen no es común; y aunque cueste algún trabajo comprenderlo, nos proporciona cuando menos el placer de escuchar algo nuevo". David Hume, "Del comercio" citado por Josep Fontana, *Op cit.*, p. 19.
- 9 Carlos Barros, *Op. cit.*, pp. 148-150, 164.
- 10 Véase de Michel Certeau, *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, México, 1993, pp. 67-82.
- 11 Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Ariel, España, 1992, pp. 40-41, 56.
- 12 Albert Camus, *Ensayos, Obras completas*, t. II, Aguilar, México, 1973, p. 1373.
- 13 *Ibidem*, p. 1207.
- 14 *Ibidem*, pp. 1374-1380.
- 15 Federico Hegel citado por Luis Pablo Padilla Arroyo, *Trabajo e historicidad*, México, UNAM, 1983, (Tesis profesional para obtener el título de Licenciado en Economía), p. 69.

Bibliografía

- Bataille, Georges, *La parte maldita. Precedida de la noción de consumo*, Edhasa, Barcelona, 1974, pp. 179-180.
- Barros, Carlos, "La historia que viene", en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, Nueva época, enero-abril de 1995, No. 31, Instituto Mora, México.
- Bordieu, Pierre, *Capital cultural, escuela y espacio social*, Siglo XXI, México, 1997.
- Camus, Albert, *Obras completas. Ensayos*, t. II, Aguilar, México, 1973.
- De Certeau, Michel, *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, México, 1993.
- Fontana, Josep, *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Crítica, Barcelona, 1992.
- Gorz, André, *Adiós al proletariado. (Más allá del socialismo)*, El Viejo Topo, España, 1982.
- Morín, Edgar, *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa Editorial, España, 1997.
- Padilla Arroyo, Luis Pablo, *Trabajo e historicidad*, UNAM, México, 1983, (Tesis profesional para obtener el título de Licenciado en Economía).
- Stern, Alfred, *La filosofía de la historia y el problema de los valores*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Argentina, 1970.